

José Raúl Capablanca

Muchos consideran a Capablanca el ajedrecista más profundo que haya existido jamás, y a pesar de que en su juego no abundan las bellas combinaciones, su popularidad fue enorme en su tiempo y lo sigue siendo a través de los años.

Cuando se habla de suprema facilidad para jugar, de perfección técnica, de equilibrio ideal en todas las facetas del juego, el nombre de Capablanca vuelve a surgir, convertido en paradigma.

Se le considera el genio en estado puro, el hombre que logró lo máximo con el mínimo esfuerzo. Si Anderssen es la precisión combinativa, Steinitz la profundidad estratégica, Lasker la penetración psicológica, Alekhine la voluntad de victoria y Botvinnik la preparación científica, Capablanca es la facilidad, el talento fluyente, lo más parecido a la perfección.

Está claro que hay, en estos juicios, mucho de romanticismo y de simplificación; en el caso concreto del único campeón mundial hispanoamericano, se exagera su precisión técnica, se sobreestima su facilidad y se menosprecia su trabajo y su voluntad de victoria, que fueron importantísimos en su carrera.

Pese a ello, la señalada imagen histórica, aunque exagerada, es, en esencia, correcta; nadie, con la posible excepción de Bobby Fischer, ha jugado al ajedrez de forma tan sencilla, profunda, elegante y efectiva a la vez.

La comparación con Mozart se ha vuelto casi un lugar común, en especial entre los melómanos amantes del ajedrez.

Como Mozart, el gran cubano parecía situarse más allá de todo problema técnico, llevando al virtuosismo el dominio de su lenguaje específico. Ambos, tal vez el mayor de los músicos y el mayor de los ajedrecistas, parecían tocados por una mágica intuición que les permitía dar apariencia de fácil a lo más difícil; como las obras de Mozart, las partidas de Capablanca tienen una armonía interior, una suerte de gracia alada que las hace deliciosas e intransferibles.

Miles de anécdotas hablan de la extremada facilidad de ambos para resolver problemas que a otros costaban largos y penosos esfuerzos.

Pocas personalidades tan distintas como la del músico de Salzburgo y la del ajedrecista cubano; pero las correspondencias entre sus respectivas obras creativas, todo lo subjetivas que se quiera, aparecen como evidentes a muchos amantes, a la vez, de la más abstracta de las artes y del más profundo de los juegos. Capablanca fue campeón mundial sólo seis años, y no llegó a defender su título con éxito ni una sola vez.

Pese a ello, la historia lo evoca como el invencible, la máquina perfecta, el genio en estado puro. La aureola de hombre de mundo, de amante de las buenas cosas de la vida, de incorregible seductor, aumenta, si cabe, el hechizo de su poderosa personalidad.

Hasta sus debilidades -supuesta pereza, rechazo a la preparación sistemática, impuntualidad e informalidad- agrandan su poder de seducción histórico. Capablanca, como Mozart, indigna a los que, carentes de genio, exaltan el valor -indudable, por otra parte- del trabajo metódico y del sacrificio; pero sigue haciendo las delicias de los que disfrutan con la fluidez, el encanto y la gracia.

Una infancia prodigiosa

José Raúl Capablanca y Graupera nació en La Habana, Cuba, el 19 de noviembre de 1888 y falleció en Nueva York el 8 de marzo de 1942, a la edad de 53 años. Vino al mundo, por lo tanto, cuando la isla caribeña aún era parte de la nación española, y ésta fue su nacionalidad originaria. Su padre era oficial del ejército español, y la familia tenía una situación económica solvente. El coronel José María Capablanca, como suele suceder con los militares, tenía respeto y aprecio por el ajedrez, y gustaba de jugar en ratos de ocio.

El pequeño José Raúl, segundo hijo del matrimonio, creció escuchando conversaciones sobre estrategia y táctica, lo que, según su propia opinión, favoreció su temprana afición por el ajedrez, una microguerra disputada sobre un tablero como campo de batalla. La forma cómo aprendió las reglas del juego, a los cuatro años, constituye una famosa anécdota, ribeteada de leyenda; el propio Capablanca nos la narra.

«Cuando entré a las habitaciones de mi padre, vi una escena que de inmediato captó mi atención. En el centro del recinto estaba sentado mi padre, con la cabeza apoyada en la palma de las manos (...). Enfrente a él se hallaba otro oficial, en idéntica actitud; ambos parecían absortos y nadie decía una palabra.

»Me aproximé, y entonces tuve mi primera visión de un tablero de ajedrez. Sin alterar el silencio reinante, me situé ante la mesa de manera que pudiera ver cómodamente lo que acontecía. Mi curiosidad infantil pronto comenzó a crecer hasta transformarse en maravillado asombro; al ver cómo mi padre movía aquellas peculiares piezas talladas de una casilla a otra del tablero, sentí una espontánea fascinación por aquel juego. Tuve la impresión de que aquello debía tener alguna significación militar, de acuerdo al interés que ambos soldados manifestaban.

»Entonces comencé a concentrar mi atención para descubrir cómo debían moverse aquellas piezas. Al terminar la partida estaba seguro de haber aprendido las reglas del juego.

»Comenzó una segunda partida; en aquel momento, ni el embrujo de un cuento de "Las mil y una noches" me hubiera fascinado tanto. Seguí cada movimiento con apasionada atención; habiendo resuelto el primer misterio del ajedrez -el movimiento de las piezas- comencé a observar los principios que regían el juego.

»Aunque sólo tenía cuatro años en aquel momento, aprecié muy pronto que una partida de ajedrez debía compararse con una batalla militar; algo que implicaba un ataque por parte de uno de los jugadores, y la correspondiente defensa por parte del otro (...). Creo que mi temprana y muy poderosa atracción por el ajedrez tiene relación con la mentalidad que había desarrollado debido al entorno militar que me rodeaba, así como a una peculiar intuición.

»Aquella tarde ocurrió un incidente que marcaría toda mi carrera de ajedrecista. Durante la segunda partida, noté que mi padre había movido un caballo no de acuerdo a las reglas, lo que no fue advertido por su rival. Mantuve un escrupuloso silencio hasta el final del juego, y entonces hice notar a mi padre su error. Al principio me trató con la característica tolerancia del padre que escucha una tontería de la boca de su hijo pequeño; mis crecientes protestas, producto de la convicción que tenía de haber adquirido un nuevo e importante conocimiento, así como las dudas surgidas en su oponente, le llevaron muy pronto a preguntarse si, realmente, no había cometido una equivocación.

»Sabía, sin embargo, que yo no había visto jamás disputar antes una partida de ajedrez, y me dijo, con mucha discreción, que dudaba mucho de que yo supiera realmente de qué estaba hablando.

»Mi respuesta fue desafiarlo a jugar una partida; no sé si creyó que yo me había vuelto loco, o si quiso darme una lección y evitar nuevos momentos incómodos delante de su amigo, pero lo cierto es que aceptó mi desafío, esperando sin duda una rápida capitulación de mi parte.

»Cuando se dio cuenta de que yo conocía el movimiento de las piezas, se sintió evidentemente desconcertado. Cuando la partida se aproximó a su final, no puedo decir si estaba más afectado por el asombro, la mortificación o el placer, porque le gané mi primera partida de ajedrez.»

La cita es muy larga, pero da muchas claves sobre el carácter de Capablanca, teñido de un narcisismo tan evidente como controlado y racionalizado. Es inevitable evocar la anécdota de Mozart de cuatro años pidiendo para tocar la parte del segundo violín en un cuarteto familiar, con el enojo inicial de su padre ante el atrevimiento del niño y la emoción posterior al ver que ejecutaba la parte con toda corrección.

Es posible que Capablanca estuviera idealizando una anécdota más sencilla; pero no cabe duda de que su asombrosa intuición para descubrir los secretos del ajedrez causó máxima conmoción en la comunidad ajedrecística de La Habana, por entonces abundante y de muy buen nivel.

El coronel Capablanca comenzó a llevar a su hijo al Club de Ajedrez, y cuando el niño tenía cinco años comenzaron a anotarse sus partidas, lo que resulta muy significativo; la primera que se conserva es del 17 de septiembre de 1893, y el rival de Capablanca fue Iglesias, que le dio la dama de ventaja y fue derrotado con facilidad.

Las leyendas sobre la asombrosa destreza del pequeño y sus rápidos progresos se cuentan por cientos, y algunas son demostrablemente falsas, como la que narra cómo indicó un error de Steinitz después de una de sus partidas contra Chigorín del match de 1892; pero, como en casos similares (recordar a Mozart componiendo, supuestamente, una sinfonía con cuatro años), son verdaderas en el espíritu que describen: un niño dotado de asombrosa facilidad para una determinada disciplina intelectual.

Lo cierto es que el pequeño José Raúl realizó rápidos y espectaculares avances, y a los 11 años se batía de igual a igual con los mejores ajedrecistas cubanos. Es necesario destacar aquí la extrema prudencia y la inteligencia con la que don José María Capablanca guió el asombroso y precoz talento de su hijo, impidiendo que fuera exhibido como fenómeno de feria y dosificando su contacto con el ajedrez. El futuro campeón del mundo tuvo una niñez normal y feliz, lo que sin duda está en la base de su carácter estable y su seguridad en sí mismo.

A los 13 años Capablanca jugó un match por el Campeonato de Cuba contra Juan Corzo y Príncipe, por entonces campeón del país; el joven, pese a perder las dos primeras partidas, ganó el encuentro por 4 victorias a 3 y 5 tablas.

Aunque al año siguiente sólo quedó cuarto en el Campeonato de Cuba, ya era reconocido como el mejor jugador de la isla; en ese mismo torneo, un relativo fracaso, el muchacho de 14 años remató así su partida contra Enrique Corzo y Príncipe, el hermano de Juan, también fuerte jugador.

Posición de partida

Capablanca juega con las negras.

Veremos cómo resuelve esta partida

1. ..., T8g8
2. Axc5, Txc2!

*Una bellísima combinación,
cuya clave es bastante oculta*

3. Ae3, ...

El alfil no puede abandonar la diagonal g1-a7 porque el negro daría mate con 3. ..., Tg1+, 4. ..., Axf3+, 5...Txc2+ y 6...Ad4++

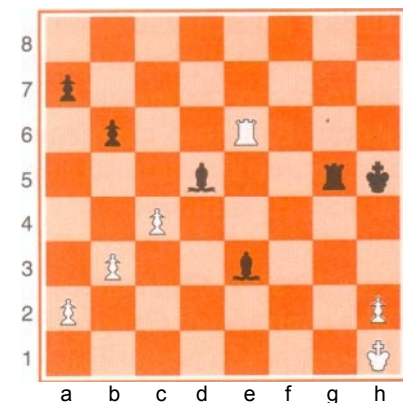
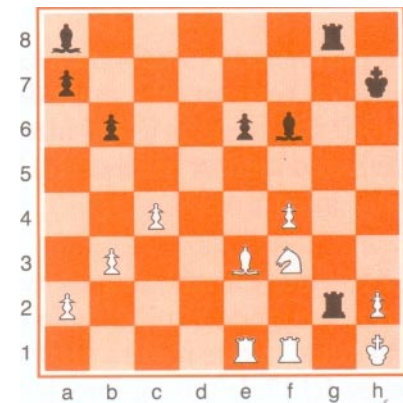
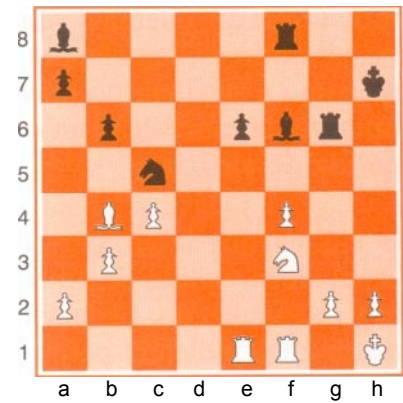
3. ..., Ah4
4. Td1, Af2!

¡He aquí el quid de toda la maniobra!

Esta elegante obstrucción decide el combate.

- | | |
|--|-----------------|
| 5. Td7 +, Rh6 | 7. Cg5, T2xc5! |
| 6. Td5, ... | 8. fxc5+, Txc5 |
| <i>Recurso desesperado,
pero no hay alternativa
válida</i> | 9. Tf6 +, Rh5 |
| 6. ..., Axe3 | 10. Txe6, Axd5+ |

Y mate en la siguiente. Era mate directo Tg1++.



¿Ingeniero químico o ajedrecista?

Capablanca terminó sus estudios de bachillerato en el instituto de Matanzas, y aunque sus padres no disponían de los medios necesarios para pagarle estudios en el extranjero, su talento para las ciencias impresionó al rico hacendado Ramón San Pelayo, amigo de la familia, que decidió hacerse cargo del coste de la preparación profesional del joven en los Estados Unidos; hacia allí marchó José Raúl, con sus radiantes 16 años.

Cursó estudios en la Woodycliff School de New Jersey, preparándose para ingresar en la Universidad de Columbia, donde pensaba seguir la carrera de ingeniero químico.

Aunque sus resultados académicos no parecen haber sido malos, el joven pasaba gran parte de su tiempo en el Manhattan Chess Club, donde pronto fue reconocido como uno de los jugadores más fuertes. Por entonces, seguramente, adquirió los hábitos nocturnos que formarían luego parte esencial de su leyenda.

En 1906, a sus 18 años, tomó parte en un campeonato de partidas rápidas disputado en el Manhattan, junto a 32 jugadores de élite, entre los que se contaba el entonces campeón mundial, Emmanuel Lasker. Capablanca terminó primero, derrotando, en su primer enfrentamiento personal, a quien sería su rival histórico.

Lasker quedó gratamente sorprendido por el juego del muchacho, y alabó la exactitud y fluidez de su juego.

Capablanca ingresó en la Universidad de Columbia y cursó dos años de su carrera de ingeniero químico; pero sin duda dedicó mucho más tiempo al ajedrez que a sus estudios. Gustaba -gustó durante toda su vida- de presumir respecto de su falta de voluntad de trabajo, pero sin duda exageraba; aquellos años fueron ricos en esfuerzos y afán de perfeccionamiento.

En 1908, a sus 20 años, realizó su primera gira por los Estados Unidos, dando simultáneas y jugando partidas de exhibición.

El joven cubano comenzaba a hacerse conocer y admirar en toda la extensión del gran país americano. Pero su consagración, el verdadero inicio de su carrera internacional, se produjo en 1909; se convino un match amistoso entre Capablanca y el campeón americano Frank Marshall, por entonces en el apogeo de su prestigio. Marshall partía como favorito, aunque Lasker predijo la victoria del cubano; pero incluso el campeón mundial debió de sorprenderse ante la catástrofe de Marshall. Capablanca ganó el encuentro, que comenzó en abril y finalizó en junio de 1909, por 8 victorias a 1 y 14 tablas.

«Estoy seguro de que ningún ajedrecista ha obtenido jamás un resultado como éste a esta altura de su carrera deportiva», escribió Capablanca años después, revelando una vez más que la modestia no era uno de sus puntos fuertes. Era la hora de decidir; la disyuntiva entre el ingeniero químico y el ajedrecista se resolvió en favor de este último, y los estudios quedaron definitivamente postergados. Según una versión, por esta época los familiares de Capablanca escribieron al Dr. Lasker, preguntando por las posibilidades reales de su hijo de realizar una gran carrera ajedrecística y expresando sus temores de que el ajedrez le llevara a abandonar sus estudios de ingeniero químico. Lasker, siempre según esta versión, respondió que sin duda José Raúl sería un notable ingeniero químico, pero que como ajedrecista sería el mejor del mundo. Todo estaba ya perfectamente claro.

«Este joven no tiene credenciales»

La aplastante victoria de Capablanca sobre Marshall conmovió al universo del tablero; en todos los rincones del mundo comenzaron a preguntarse quién era este joven hispano, con apellido de «Commedia dell'Arte», que había sido capaz de vencer con insolente facilidad a uno de los mejores jugadores del mundo.

Lasker se declaró harto de que le preguntasen por la nueva estrella, y narraba una anécdota ilustrativa: decía que, en el curso de una visita que se hizo a una escuela de Alemania como invitado de honor, los niños comenzaron a recitar, en coro, el alfabeto griego, y que al llegar a la letra «kappa» no pudo evitar dar un respingo y tuvo que refrenar el impulso de salir a la carrera.

Esta repercusión, y los buenos oficios del propio Marshall (buen amigo de Capablanca y un hombre noble, incapaz de ningún sentimiento de mezquindad o envidia), hicieron que el joven fuera invitado a participar en el gran torneo de San Sebastián de 1911, en el que jugarían algunos de los mejores ajedrecistas del mundo por aquella época.

Embarcó para Europa en el «Lusitania» y antes de llegar a la capital vasca pasó unos pocos días en Londres. Allí concedió una entrevista al periódico *The Evening News* que tiene gran interés, pues muestra claramente la consolidación de su narcisismo y el culto de su propio mito: «Aprendí a jugar al ajedrez antes que a leer», declaró, «pero jamás lo he estudiado. Sólo estudio ajedrez cuando juego una partida». «¿Pero no ha estudiado usted a los grandes maestros, ahora que va a enfrentarse a ellos?» -preguntó el periodista-. «No» -fue la respuesta-. «Juego al ajedrez para divertirme, y las jugadas vienen a mi mente de una manera subconsciente, supongo, mientras estoy jugando.»

Al llegar a San Sebastián Capablanca pasó por momentos amargos, que reforzaron en él, probablemente, su tendencia a la soberbia; los maestros Bernstein y Nimzowitsch protestaron por la presencia del joven cubano, y se preguntaron, con hiriente retórica, quién conocía al tal Capablanca. En particular, el primero de ellos parece haberse manifestado en forma bastante grosera, afirmando que «ese joven no tiene credenciales para jugar un torneo de esta categoría». Cuarenta años después, en 1951, el periodista y estudioso español Pablo Morán preguntó al viejo Bernstein, por entonces una reliquia del tablero (tenía 69 años y Capablanca había muerto nueve años antes), qué había realmente de cierto en aquella actitud.

Bernstein respondió que «había mucha leyenda en todo eso», pero no negó su firme oposición a que el joven desconocido jugara en dicho torneo. Fue la primera legendaria victoria de Capablanca en un torneo internacional; ganó seis partidas, empató siete y perdió sólo una, ante Rubinstein, que quedó segundo. Su venganza fue total, pues en la primera ronda derrotó a Bernstein en una formidable partida que recibió el premio de belleza.

La difícil sencillez

Capablanca no se propuso ser, como Steinitz, Nimzowitsch o Reti, un investigador de posibilidades, un innovador revolucionario ni un profundo pensador sobre la esencia filosófica del juego; se limitó a aplicar lo que se conocía, con insuperable perfección.

Pese a ello, en la propia aplicación de los principios aceptados, llegó a conclusiones personalísimas, y dejó notables reflexiones sobre la estrategia del juego. Su habilidad para simplificar las posiciones y dejar, descarnadamente, sólo aquellos elementos que constitúan su ventaja, significaba una visión, no por aparentemente simple, menos innovadora sobre cómo desarrollar una partida de ajedrez. El genial cubano lo expresaba con una metáfora feliz: «Hay que eliminar -decía- la hojarasca del tablero. Capablanca dio una importancia excepcional a los elementos dinámicos de la partida, lo que también le diferenció claramente de los maestros clásicos de su tiempo; el análisis estático derivado de los principios de Steinitz fue trascendido por el vencedor de Lasker (aproximándose, en esto, a los hipermodernos) a través de una visión dinámica del juego, que daba una importancia excepcional a la actividad de las piezas y a la coordinación interna de la posición. Aquí estuvo la clave de sus extraordinarias victorias; su ajedrez era mucho más moderno que el de la mayoría de sus coetáneos, y esto se evidenció

Creando espejismos

Partida jugada en San Petersburgo, 1914

Blancas: Nimzowitsch
Negras: Capablanca

1. e4, e5
2. Cf3, Cc6
3. Ab5, d6

La vieja defensa Steinitz, hoy en desuso sin razones claras para ello.

4. Cc3, Cf6
5. d4, Ad7
6. Axc6, Axc6
7. Dd3, exd4
8. Cxd4, g6
9. Cxc6, ...

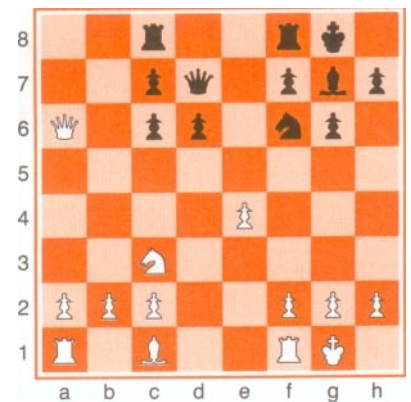
Nimzowitsch se lanza a capturar un peón, lo que no puede criticársele; si hubiera tenido un leve atisbo de lo que iba a sucederle, habría jugado 9. Ag5, Ag7 10. 0-0-0, con ventaja.

9. ..., bxc6
10. Da6, Dd7
11. Db7, Tc8
12. Dxa7, ...

Las blancas no sólo han ganado un peón, sino que tienen una posición aparentemente sólida y sin debilidades. Pero la genial intuición de Capablanca le ha permitido apreciar una serie de puntos fuertes de su posición: la fuerza

de la gran diagonal para su alfil, su sólida posición central y la presión que sus torres pueden ejercer por las columnas abiertas. A partir de este momento, comienza una de las exhibiciones de alto ajedrez más extraordinarias de que haya memoria.

12. ..., Ag7
13. 0-0, 0-0
14. Da6, ...



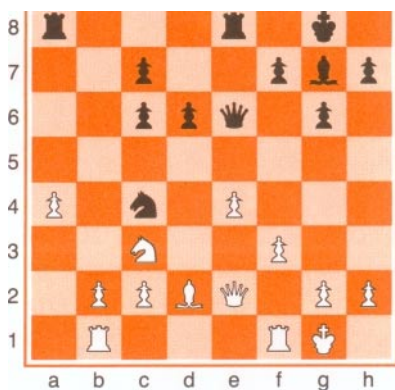
Nimzowitsch, con el estómago lleno, desprecia las posibilidades de su adversario y pierde dos tiempos para regresar con su dama, lo que le resultará fatal. Mejor parece 14. f3, para seguir con Df2 y Ae3.

14. ..., Tfe8
15. Dd3, De6!

16. f3, Cd7
17. Ad2, ...

Las blancas siguen jugando con gran conservadurismo, probablemente creyendo que tienen la partida ganada. Se imponía 17. Af4, para cambiar el caballo en e5.

17. ..., Ce5
18. De2, Cc4!
19. Tab1, Ta8
20. a4, ...



Con idea de expulsar el caballo con b3 y pensando, con razón, que después de 20. ..., Axc3, Txa4 las negras recuperarían el peón, pero quedarían con grandes debilidades en las casillas negras. Pero Capablanca tiene otras ideas.

20. ..., Cxd2!
21. Dxd2, Dc4!
22. Tfd1, Teb8
23. De3, Tb4!
24. Dg5, Ad4 +
25. Rh1, Tab8
26. Txd4, ...

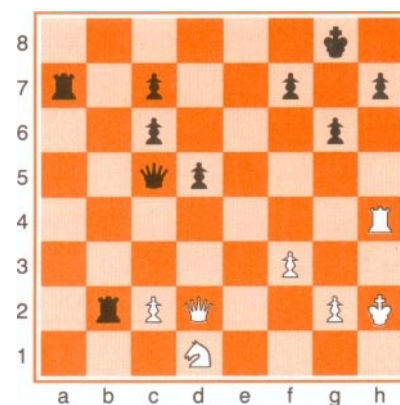
Este recurso defensivo, por otra parte único ante la ame-

naza Axc3, no habría sido posible contra 24. ..., Tab8; de todas formas, la partida está totalmente ganada por las negras.

26. ..., Dxd4
27. Td1, Dc4
28. h4, Txb2
29. Dd2, Dc4
30. Tel, Dh5!
31. Tal, Dxb4+
32. Rg1, Dh5
33. a5, Ta8
34. a6, Dc5+
35. Rh1, Dc4!
36. a7, Dc5
37. e5, ...

Última trampa; se amenaza Ce4, seguido de Dh6 y Cg5.

37. ..., Dxe5
38. Ta4, Dh5+
39. Rg1, Dc5+
40. Rh2, d5!
41. Th4, Txa7
42. Cdl



Y Nimzowitsch, comprendiendo por fin que estaba haciendo el ridículo, abandonó sin esperar la respuesta de su adversario.

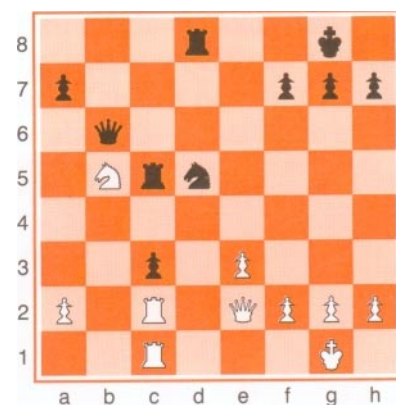
también en la importancia que concedía a la iniciativa. A veces forzaba un ataque ganador, y otras «eliminaba la hojarasca del tablero» (cosa imposible de hacer si no se dispone de una fuerte iniciativa) y llegaba a un final favorable. También aportó elementos importantes a los conceptos de ataque y defensa; él, tantas veces acusado de jugar un ajedrez cerebral y frío, reivindicó la importancia del ataque (un aspecto de la iniciativa) y afirmó, escandalizando a muchos, que la defensa debía realizarse sin temores y con el mínimo material posible: «Hay ajedrecistas -declaró en una ocasión- a los que asusta cualquier ataque, sea contra un peón, contra una pieza o, especialmente, contra el rey; y para contrarrestar este ataque movilizan todas sus piezas. Esto es un error, pues el rey debe defenderse con el mínimo de piezas que sean necesarias; éstas deben emplearse masivamente, en cambio, cuando se ataca al rey adversario.» Estos conceptos, sin duda innovadores, no contradecían, sino que desarrollaban los presupuestos de Steinitz y Tarrasch hasta entonces aceptados. Por eso, el juego de Capablanca parece tan sencillo, cuando en realidad es extraordinariamente profundo. El juego de Capablanca, sus maniobras y combinaciones, parecen sencillas porque obedecen a ideas claras y apuntan a lo más profundo; en realidad significan, unas y otras, la plasmación de lo más hondo y difícil que el espíritu humano es capaz de crear, la difícil sencillez de lo genial.

Injustamente menospreciado, Capablanca había dado la más hermosa y creativa de las respuestas de todo el torneo. Nimzowitsch, siempre fatuo y grosero, también tuvo con él palabras ácidas cuando Capablanca trató de intervenir en el análisis de una partida que el autor de «Mi sistema» acababa de jugar; éste le invitó a «no meterse donde no le llamaban»; sin duda no es casual que tanto Bernstein como Nimzowitsch fueran, desde aquel momento, víctimas favoritas del cubano, que les ganaba con insólita facilidad. A Bernstein le venció dos veces en 1914, en Moscú y San Petersburgo; esta última partida ganó otro premio de belleza, y la de Moscú tiene un remate justamente célebre.

Veamos la genial finalización.

Posición de partida

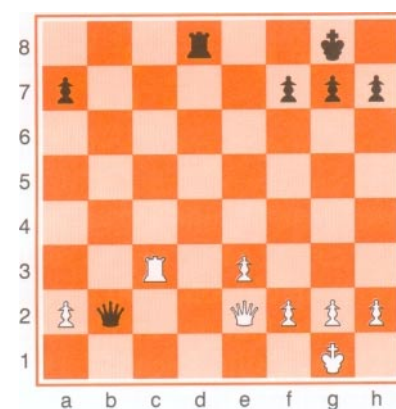
Juega Bernstein con blancas; su rival está amenazando tomar el caballo de b5 y apoyar su peón pasado por medio de Td8-c8, después de lo cual su victoria sería cuestión de técnica.



Bernstein había calculado que podía capturar este peón, pero omitió una combinación de suprema elegancia, en el estilo del gran Capa:

1. Cxc3, Cxc3
2. Txc3, Txc3
3. Txc3, Db2!!

Ganando por lo menos una torre.



En la cima

La irrupción de Capablanca en los primeros planos del ajedrez internacional fue una sensación; desde tiempos de Pillsbury no sucedía algo similar. Un sólo torneo había bastado para que el joven cubano fuera reconocido como el más serio rival del invencible Emmanuel Lasker. De hecho, Capablanca desafió inmediatamente al campeón del mundo a un encuentro con la corona en juego.

Pero el gran viejo (que entonces no lo era tanto: tenía 43 años) dio largas al asunto, luego estalló la Guerra Mundial y, en definitiva, el match no se disputó hasta 1921.

Después de San Sebastián, Capablanca, que se sentía bastante enfermo, volvió a Cuba y descansó casi un año; durante ese tiempo viajó una vez a Europa, pero sólo dio exhibiciones y simultáneas; se hallaba empeñado en forzar un match con Lasker, y ante las reticencias de éste adoptó una actitud suficiente y agresiva, dando a entender que el campeón mundial le temía, lo que molestó mucho a Lasker.

Por fin, en una de las cartas que se cruzaron, redactadas en inglés, el cubano usó la expresión «unfair» (poco limpio, deshonesto) para calificar la actitud de Lasker, lo que motivó una inmediata ruptura de relaciones y una hostilidad que duró varios años.

En 1913 Capablanca jugó un torneo en Nueva York, que ganó con facilidad (10 victorias, una derrota y dos tablas); en el torneo internacional de La Habana, sin embargo, organizado para que se luciera, debió conformarse con el segundo puesto detrás de Marshall, que le ganó una partida en la que estaba totalmente perdido.

Ese mismo año ganó espectacularmente otro torneo en Nueva York, con resultado ideal (13 victorias en 13 partidas), dejando por detrás a maestros de la talla de Duras; y en septiembre de ese mismo año volvió a asombrar a todos al lograr otro resultado ideal en un fuerte hexagonal. Ganó las cinco partidas y dejó en el camino a Marshall y a Duras.

Por entonces, el gobierno cubano le había dado un cargo diplomático moderadamente rentado, pero que le permitía viajar con tranquilidad, ahorrándose pesados trámites fronterizos.

A pesar de que Capa estaba, en aquel momento, absorbido por el ajedrez, se tomó esta designación con bastante más seriedad de lo que supusieron quienes le nombraron, pues siempre fue un hombre interesado en la política.

En aquella situación le llegó la invitación para participar en el gran torneo de San Petersburgo de 1914, que contaría con la presencia de Lasker y de los mejores jugadores del mundo.

Capablanca jugó allí un magnífico ajedrez, y sin embargo, la histórica prueba (de donde salió el título de Gran Maestro de ajedrez, concedido de forma honorífica por el zar Nicolás II a Lasker, Capablanca, Tarrasch, Alekhine y Marshall) se recuerda como uno de sus grandes fracasos. El torneo se jugaba a dos vueltas: una primera fase eliminatoria y una final a doble vuelta entre los primeros cinco clasificados, que fueron, precisamente, los cinco Grandes Maestros «originales» (Lasker, Capa, Tarrasch, Alekhine y Marshall). Rubinstein, uno de los favoritos, quedó por el camino, así como Nimzowitsch, Bernstein, Janovsky, Blackburne y Gunsberg.

En la fase final, faltando cuatro partidas, Capablanca tenía prácticamente el torneo asegurado, pues llevaba a Lasker punto y medio de ventaja; estaba jugando espectacularmente, y era el claro favorito. Pero Lasker era mucho Lasker, e hizo valer su fuerza deportiva y psicológica: en la partida decisiva (cuyo morbo se vio aumentado por una declaración levemente despectiva del campeón mundial hacia su nuevo rival, del que dijo que «se esperaba tal vez demasiado» y que «era sencillo de vencer»), Lasker debía ganar casi forzosamente si quería aspirar al primer puesto; escogió entonces, sorprendentemente, la variante del cambio de la Española, que ofrece a las negras excelentes perspectivas de tablas, pero exige jugar de forma activa. Capablanca, presionado por su privilegiada posición en la tabla, no lo hizo, practicó un ajedrez conservador y Lasker le aplastó en una partida memorable.

Profundamente herido en su amor propio y desmoralizado temporalmente, Capa cometió un grave error contra Tarrasch, en la siguiente partida, y también perdió; Lasker ganó el torneo con 13,5 puntos contra 13 de su rival.

Tratándose de dos hombres de gran nobleza y que se admiraban mutuamente, no es de extrañar que, en la cena de clausura, hicieran formalmente las paces, reiniciando las negociaciones para la disputa del título mundial.

Los años siguientes fueron los de la Primera Guerra Mundial, y la actividad ajedrecística internacional se vio notablemente disminuida; Capablanca pasó largas temporadas en su patria y en Nueva York, dedicó bastante tiempo a sus responsabilidades diplomáticas y disputó unos pocos torneos, ganándolos todos.

Finalizada la contienda, inició su célebre etapa de invencibilidad: entre 1918 y 1924 no perdió ninguna partida, récord hasta el momento inigualado. Por entonces, era el campeón mundial «in pectore», y el propio Lasker manifestó su voluntad de renunciar al título y traspasárselo a Capablanca, a quien reconocía como el mejor jugador del mundo.

Por supuesto, éste no aceptó dicha renuncia, y siguió gestionando el encuentro que le permitiría lucir la corona sin mácula alguna. En 1919 ganó de manera espectacular el gran torneo de Hastings, con 10 victorias y un solo empate, sin derrotas, y comenzó a prepararse para el encuentro con Lasker; éste se disputó finalmente en 1921, en La Habana, en condiciones muy favorables al desafiante. Lasker no estaba terminado, ni mucho menos, como demostrarían actuaciones posteriores; pero sin duda, atraído por otros aspectos de su intensa vida intelectual, había perdido el interés en mantener el título que ostentaba desde hacía más de 25 años, y no presentó una lucha como la que se esperaba.

El encuentro, que comenzó en marzo de 1912, fue un paseo para Capablanca: cuatro victorias y diez tablas, sin derrotas. Aunque faltaban diez partidas (el match estaba pactado a 24), Lasker abandonó el encuentro y el título; Cuba festejó, aquella noche de mayo de 1921, la conquista del Campeonato del Mundo de Ajedrez por parte de su compatriota, a quien gran parte del tablero internacional consideraba el mejor jugador del mundo desde 1911.

Campeón mundial

Capablanca conservó el título entre 1921 y 1927, sin defenderlo ni una sola vez. Fueron los años en que creció y se desarrolló el mito, al tiempo que el jugador llegaba a su apogeo y comenzaba, sin que nadie -salvo Alekhine- se diese cuenta, su declive.

Era la «máquina perfecta», el jugador sin errores, el invencible; y, al mismo tiempo, el hombre de mundo, el mujeriego empedernido, el amante de los buenos vinos y el buen yantar, el que se iba de juerga la noche anterior a la partida mientras su rival se quedaba en su habitación preparándose concienzudamente y salía después derrotado y humillado. Capa no creaba estas versiones, pero sin duda le halagaban y contribuía a difundirlas; además, más allá de las exageraciones, reflejaban bastante la verdad.

No abusaba de la bebida ni fumaba, pero gustaba de trasnochar y disfrutar de agradable compañía. Y, en efecto, tenía rasgos de irresponsabilidad frente a su profesión, y puede suponerse con fundamento que llegó a convencerse de que era invencible.

Durante los seis años en que fue campeón del mundo nadie hubiera osado sugerir que había en el mundo alguien capaz de derrotarle. Ganó casi todos los torneos en los que participó (que fueron pocos), con la notable excepción de Nueva York de 1924 (el último gran triunfo de Lasker, torneo en el que perdió su invencibilidad de ocho años al caer derrotado ante Reti) y Moscú de 1925, una modesta tercera plaza.

En aquellos años se casó (con Gloria Beautucourt, en 1921) y escribió su famoso tratado pedagógico «Fundamentos de ajedrez» (*Chess Fundamentals*, 1921), un excelente libro que sigue siendo de gran utilidad para estudiantes por su claridad de conceptos y exposición. Una severa autocrítica (contiene seis de las 10 partidas oficiales que había perdido hasta entonces en torneos internacionales) se da la mano con una soberbia que a veces resulta casi infantil:

«Mi adversario debió haber considerado -dice, en el comentario de una jugada- que un jugador de mi categoría y experiencia no hubiera permitido una jugada así, si fuera buena.»

Por otra parte, y aunque sus resultados seguían siendo incomparables, su juego había perdido frescura y se había vuelto más seco, basado fundamentalmente en su prodigiosa técnica. Por supuesto, en aquellos años nadie se hubiese atrevido a decir una cosa así, con la excepción de Alekhine, que analizó en un célebre artículo de 1927 las debilidades del juego de su gran adversario. En 1927 el mundo ya consideraba escandaloso que Capablanca no hubiese puesto en juego su título, aunque muy pocos creían seriamente que podría perderlo; entonces, se organizó el gran torneo de Nueva York de 1927, cuyo ganador adquiriría oficialmente el carácter de desafiante, con el acuerdo del propio Capablanca.

Si dicho ganador era éste, la dignidad pasaría al segundo clasificado. Fue uno de los más impresionantes triunfos de Capablanca, que se paseó virtualmente por los tableros; 8 victorias y 12 tablas, sin derrotas, superando a Alekhine, Marshall, Spielmann, Vidmark y Nimzowitsch. Aunque hubo en la nómina de invitados sensibles ausencias (Lasker y Rubinstein las más claras), la superioridad de Capablanca fue tan grande que sólo Alekhine creía en sus posibilidades de victoria para el match que su segundo puesto le habilitaba a disputar. Spielmann, entusiasmado, afirmó que «Capablanca es invencible cuando está en la forma en que estuvo en el torneo de Nueva York. Alekhine no ganará una sola partida en el match por el título».

Hacer pronósticos tan tajantes siempre es peligroso, y esta vez no se produjo la excepción.

Derrota y caída

Alekhine y Capablanca se habían conocido en el torneo de San Petersburgo del 14 y habían establecido una estrecha amistad; las excelentes relaciones comenzaron a deteriorarse cuando Alekhine se convirtió en aspirante al título mundial y criticó, dura pero acertadamente, la evolución del juego del campeón. El match de Buenos Aires les convertiría en enemigos.

El encuentro por el título se disputó en la pujante Argentina de finales de los años 20, en la capital, entre el 16 de septiembre y el 30 de noviembre de 1927. Hay toda una leyenda en torno a este enfrentamiento, uno de los que ha despertado más pasión en toda la historia del ajedrez. Alekhine se preparó con todo cuidado, llegó a Buenos Aires con anticipación, escogió como ayudante al maestro argentino Roberto Grau y llevó una vida personal intachable, que incluyó una dieta adecuada y ejercicios físicos; Capablanca se comportó como siempre, fue visitante asiduo de los lugares nocturnos y hasta es fama que asistió a jugar una aplazada con ropas de tenis y raqueta en la mano.

El match fue monótono (casi todas las partidas fueron ortodoxas) y técnicamente objetable, pero tuvo una extrema tensión.

Alekhine ganó la primera partida, pero pronto el campeón creó el espejismo de una fácil victoria al ganar dos juegos (el 3º y el 7º); pero el desafiante ganó el 9º y el resultado del encuentro volvió a ser incierto.

A medida que la lucha fue avanzando, la inquebrantable fuerza de voluntad de Alekhine fue marcando diferencias, y terminó ganando claramente por 6 victorias a 3, en 34 partidas. Capablanca no se rindió ante el tablero, sino que lo hizo a través de un corto y cortés telegrama, en el que felicitaba al nuevo campeón.

Era el fin de una leyenda y el comienzo de otra; si Capablanca llegó a ser considerado invencible, alguien llegó a proponer, a principios de los años 30, que se crease una categoría especial para Alekhine, por ser algo así como un jugador de otra galaxia.

Capablanca añoró mucho «su» título (siempre lo llamaba así) e hizo ingentes esfuerzos para lograr una revancha que Alekhine eludió de una forma que se aproximaba mucho al cinismo; a pesar de que siguió jugando un alto ajedrez y ganando muchos torneos, su juego comenzó a parecer, a los mismos que antes le alababan hasta el ridículo, frío, poco inspirado y ramplón.

Entre 1927 y 1936, año de su gran reaparición en los primeros planos, Capablanca jugó 14 torneos, de los que ganó siete y quedó segundo en cinco, lo que no está nada mal; pero el mito había muerto, y se le miraba como un fuerte maestro más, a la par de muchos otros. Alekhine, endiosado a su vez y muy hostil a su antiguo amigo, llegó a declarar que Bogoljubov era para él un rival mucho más peligroso que el ex campeón. Spielmann declaraba, como si hubiera descubierto la pólvora, que «Capablanca es un ajedrecista con todos los defectos y debilidades humanas», y Nimzowitsch, con lamentable mezquindad, se atrevía a criticar duramente su juego y a ofrecerle consejos, a pesar de que sus resultados contra él eran catastróficos.

Capablanca parecía incluso haber perdido interés en el juego, y su única motivación era la anhelada e imposible revancha.

Con más de 40 años, comenzó a padecer problemas de hipertensión y a decaer físicamente. En 1934 se casó por segunda vez, con Olga Clark, y vivió a caballo entre Cuba y Nueva York.

Cuando se le consideraba prácticamente acabado, el gran Capablanca reapareció, radiante, para obtener los últimos y tal vez más importantes triunfos de su vida.

Los últimos destellos

El torneo de Moscú de 1936 significó la presentación en sociedad de la nueva generación de ajedrecistas soviéticos, con Botvinnik y Flohr a la cabeza; representaban una forma más científica y moderna de entender el ajedrez, y eran los innegables favoritos. Los viejos Lasker y Capablanca eran considerados poco más que un adorno de otras épocas, y se pensaba que poco podían hacer ante los nombrados más Loévenfish, Riumin, Kan, Lilienthal, Ragozin y Eliskases.

Pues bien, ante el asombro de todos José Raúl Capablanca se adjudicó el torneo de forma impecable, con 8 victorias y 10 tablas, en calidad de invicto.

Ganó, además, sus dos partidas más importantes, contra el ayer y el mañana: Lasker y Botvinnik.

¿Fue una golondrina de verano, un espejismo? Ese mismo año se disputó el torneo de Nottingham, uno de los más fuertes de la historia: el nuevo campeón mundial Max Euwé, los ex campeones Lasker, Alekhine y Capablanca, el futuro campeón Botvinnik, Sammy Reshevsky, Vidmar y Tartakower y los británicos Thomas, Winter y Alexander. Capablanca se adjudicó esta impresionante prueba, empatado con Botvinnik, con un juego fresco y lleno de ideas que recordaba el de su juventud.

Ganó 7 partidas, empató 6 y perdió sólo una (contra Flohr); además, se dio el gusto de vencer en su encuentro personal a Alekhine. Una vez más estaba en la cima, y obligaba a que se le viera como uno de los más firmes aspirantes al título mundial. Fueron, sin embargo, sus dos últimas victorias de importancia. En 1938, obtuvo el peor resultado de su historia en el torneo AVRO, que ganaron Fine y Keres empatados; Capablanca quedó penúltimo. A partir de ese momento, y ya muy afectado por sus crecientes problemas de tensión, jugó muy poco; en las Olimpiadas de Buenos Aires de 1939, defendiendo el primer tablero de Cuba, cumplió una actuación excelente, y recibió la medalla de oro al primer tablero.

El estallido de la guerra volvió a interrumpir el ciclo de ajedrez internacional, y Capablanca ya no volvió a jugar torneos. El día 7 de marzo de 1942 fue, como era su costumbre, al Manhattan Chess Club, y mientras analizaba una posición con unos amigos, sufrió un ataque y debió ser ingresado urgentemente. Falleció a la mañana siguiente, a los 53 años, en el hospital Mount Sinaí, donde había muerto un año antes Emmanuel Lasker.

«Fue el genio más grande que el ajedrez ha tenido ni tendrá jamás.» El epitafio es, nada más ni nada menos, que de Alekhine.